

primacía y dominio sobre la mujer a través de un sojuzgamiento no sólo económico y cultural, sino también ideológico.

En línea con estos análisis, pero en un tono muy diferente, ya que carece del planteamiento combativo característico de los anteriores, se inscribe el libro de Luce Irigaray que ha sacado recientemente Editorial Saltés (1). Psicoanalista profesional, la autora hace un repaso metódico de las teorías sobre la mujer de los principales filósofos que se han ocupado de este tema, desde Platón a Hegel, pasando por Aristóteles, Descartes, la Mística, etcétera, en un intento de hallar las razones profundas que les llevan a intentar desvelar el "misterio" de lo femenino, a preocuparse por la mujer y a opinar sobre ella de una forma que podríamos denominar casi impúdica.

Especial atención le dedica al estudio y análisis de las teorías de Freud sobre la sexualidad femenina, tema que le ocupa 150 páginas de las 395 totales del texto, y que merece nuestro detenido interés, no sólo por la línea de pensamiento que recorren los comentarios de la autora, sino también porque se reúnen aquí de modo metódico citas y textos, algunos de ellos poco conocidos, que enriquecen el conocimiento de las teorías freudianas y de Freud mismo.

¿Por qué se ha preocupado tanto el hombre por la mujer, o lo femenino?, ¿de qué le sirve? En un juego de palabras —por otra parte, presente en todo el texto con variadas referencias y léxico— en que se alternan el uso de "especulo" y "espejo", Luce Irigaray pone sobre la mesa el viejo tema del machismo a todo nivel. El hombre que "especula" para "encontrarse" más que para "encontrarla", que no puede independizarse de su visión subjetiva y fálica de todo lo que le rodea, y menos de aquello que es "casi" él mismo: en cuanto madre, en cuanto alter y en cuanto compañera. El descubrimiento de la otra cumple la función de tranquilizarle tanto emocional como económica y profesionalmente. Su gran subjetivismo, que lo empapa todo. ■ MARISA RODRIGUEZ MOJON.

(1) Luce Irigaray: *Speculum. Espejo de la otra mujer*, Ed. Saltés, Madrid, 1978.

ADIÓS A LAS LETRAS



Juan Benet, García Hortelano y Félix de Azúa.

Hablando bajo la lluvia

BAJO el toldo verde se reflejaba la luz de las calvas, pero no la inspiración, según declaró solemnemente don Juan Benet, uno de los novelistas españoles convocados por la editorial Alaguera para que dieran lustre a una tarde de miércoles de Madrid. La lluvia no deslució el espectáculo, sino que lo animó, porque sirvió de contrapunto acuoso, generoso, de mucha tontería que hubo de ser dicha. El escenario fue muy propio: la plaza de Gabriel Miró, evocación nominal que dio pie a Isaac Montero para ensayar una larga retórica respunteada de tacos que sonaban a notas a pie de página de un texto escrito entre Moncloa y Paraninfo.

Había gente guapa en el estrado.

Entre los guapos, claro, Juan García Hortelano, veterano aficionado al fútbol, que aprovechó la ocasión para reivindicar su pasión, proscrita por cuarenta años de franquismo, relegada al desaliento por culpa de la funesta manía española de abominar el espectáculo, mientras acepta, de modo contrito, el rezo del santo rosario en plena calle y en este mismo siglo. Un país que se divierte en el extranjero.

Félix de Azúa, que era el guapo oficial, no fue demasiado escuchado, y bien que lo siento, pero su carácter silente y oxoniano le impide participar en los excesos de sus colegas de barra. Un antecesor suyo en Oxford, Vicente Molina-Foix, el novelista de *La comunión de los atletas*, si que dio una lección de atleta del humor.

Preguntado Molina por las cosas que haría a dúo y con quién, fue envidiablemente salomónico, para contentar a todos los que le acompañaban en la mesa: un viaje lo haría con don Juan Benet, por razones que él estima obvias: Benet fue acusado por alguien de la sala de tener un coche con el volante a la derecha, con el cual el inclito escritor anglófilo se supone que escribe las novelas. Puesto a hacer a dúo una novela, ejecutaría tal labor con Juan García Hortelano, que sabe construir diálogos, mientras que él no domina tal oficio esencial. El amor, sin embargo, no

lo haría a dúo: para evitar lógicas suspicacias, iniciaría a los demás —los demás eran, con los citados, Jaime Salinas, el editor; Juan José Millás, el novelista esquinado, Martínez, de Bruguera y Javier Marías, el joven novelista— en las delicias de una cama redonda. Como dicen los británicos, la sala recibió la respuesta con una carcajada general. Aquello parecía el Parlamento.

Javier Marías fue menos generoso que Molina-Foix, quizá porque ha estado menos tiempo en Inglaterra. Javier Marías no hubiera salvado, en caso de incendio, amenaza de bomba, etcétera, a ninguno de los colegas que le acompañaban en la mesa naufragante. "Tantas dudas me acometerían sobre la identidad del que debía salvar de la hecatombe que al fin saldría corriendo y dejaría todo el mundo atrás".

Yo sí tengo claro a quién hubiera salvado: a Álvaro Pombo, que estaba entre el público y que se hizo la más lúcida reflexión literaria de aquella tarde al aire libre. "Juan García Hortelano —dijo Pombo—, usted ha escrito un cuento en que un hombre toma el sol en la playa y recibe un recado. Mientras tanto, usted describe 'el cuerpo retórico de la alemana'. ¿Es esta una frase machista o más bien qué? ¿No querrá decir, más bien, 'el cuerpo metafórico de la alemana'?". "No —atajó valientemente el penalty García Hortelano, extremo izquierda de muchas tablas—. Donde dice retórico debe leerse retórico".

Sánchez Dragó se revolvió incómodo porque aún no protagonizaba el acto. Pero al final quedaría tranquilo, porque tuvo una oportunidad y dejó en el aire de la tarde un cierto gusto a marisabidillo que viene con el milenio bajo el brazo, analizando con lupa el carácter pacato de los editoriales de "El País".

Quién quedó como un señor profesor fue Jaime Salinas, el editor, que con Imelda Navajo le dieron a aquel acto al aire libre la categoría que no le supieron dar los hados que mandan la lluvia, achican la luz de Madrid y destruyen la imaginación de los escritores del taco, la matraca y el milenio. ■ SILVESTRE CODAC.